

Leerla desde la fe.

Atisbos teológicos en *Paula* de Isabel Allende.

Palabras de agradecimiento: Eu agradeço muito o convite de vocês para esse seminário.

Eu vou apresentar um trabalho sobre uma interpretação teológica do livro de Isabel Allende. O nome do livro é Paula.

Muito obrigada pela atenção.

Introducción:

El reencuentro con el libro.

Al plantearseme la posibilidad de participar en este seminario, la cual agradezco, pensé interesante exponer la mirada teológica que yo, hacia algunos años, había atisbado en el libro *Paula* de Isabel Allende. Y desde ese recuerdo en mi primer encuentro con esta lectura, propuse una reflexión que apuntaba a querer hablar de la maternidad y su ilimitada fuerza para enfrentar el dolor, que en este caso es el más agudo que se pueda sentir cuando este hace sufrir a un hijo.

Sin embargo, al retomar aquel libro, al reencontrarme con él comencé a darme cuenta de que aquello que había conocido comenzaba a re-conocerlo. Las formalidades entre el libro y yo ya se habían hecho. Ya nos habíamos presentado, no había sorpresas superficiales, estableciendo entre nosotros una relación más profunda en su contenido.

Eso me hizo caer en la cuenta de que no era sincera mi exposición si presentaba mi mirada desde un prisma que ya no atisbaba.

De ahí que se produce un giro en mi mirada y comienzo a ver que no sólo estaba frente a una madre junto a su hija muribunda, sino que me enfrentaba al ser humano en su diálogo con la muerte. Llegaba a raíces más profundas del drama humano, donde el hombre es el único ser viviente que en el mismo momento que sabe que existe, sabe también con certeza que debe morir.

Pues bien, Isabel Allende explicita ese drama bajo una experiencia particular que hace llorar a quien la lea, porque al compartir lo suyo de manera profunda, hace que se entienda su experiencia en clave universal: en la muerte de su hija Paula está contenido el drama del morir humano. Su experiencia es una clave importante que no sólo toca a la autora del libro, sino que también a quien la lee. El libro es el horizonte que une y que pone cuidado en no desfigurar ni la pretensión de la autora como tampoco la interpretación del lector. En otras palabras, el libro se constituye para ambas en un terreno de absoluta libertad.

Al texto nos acercamos gratuitamente sin forzarlo al encuentro con Dios. La teología se establecería como ciencia a posteriori, que no invade pero tampoco anularía la convicción de que quien escribe “*estas páginas durante horas interminables, (...) junto a la cama de Paula*”¹, es Isabel. Una mujer que como cualquier ser humano sufriente está intrincado en la promesa universal de salvación de Dios, porque Él también se ha con-dolido y se con-duele con la muerte de Paula, en la muerte humana de su Hijo.

¹ Paula, Buenos Aires 1994, 7.

La literatura como lugar de encuentro con Dios.

“Un cuaderno de anotar la vida”.

Isabel Allende funda su relato en una experiencia biográfica por la mediación de un cuaderno. Un cuaderno que se constituye en el lugar donde se posa la vida de una familia. Un lugar que al llenarlo de vida *“intenta distraer a la muerte”*², para que *“Paula rompa su implacable silencio y [le responda a Isabel] sin voz en estas hojas amarillas”*³ Es aquí donde se pone por escrito este proceso de amor que Isabel escribe ya que quiere dárselo a su hija, *“porque has perdido el tuyo”*⁴. La mediación de este cuaderno no sólo es una mera transcripción ficcional de una experiencia vivida.

Isabel toma contacto con su hija a través de una historia que escribe, donde ambas han sido protagonistas. Es la historia de su familia, *“una leyenda familiar de estirpe de mujeres impetuosas”*⁵ Le pide que la escuche porque pareciera que algo le va a revelar. *“Los trozos del pasado, [para así, luego] inventar recuerdos según las fantasías de [Paula]”*⁶. Es algo así como una parábola de la vida con hechos cotidianos que a ambas incumbe desde sus respectivas orillas, con sus propias experiencias. Una narración que se muestra como un jirón de sus vidas, real y transfigurado a la vez. Una parte de un todo histórico de una descendencia unida a través de cuatro mujeres. Memé, una mujer con *“el talento para predecir el futuro, leer la mente ajena, dialogar con los animales y*

² Ibid., 174.

³ Ibid., 252.

⁴ Ibid., 65.

⁵ Ibid., 11.

⁶ Ibid., 16

*mover objetos con la mirada*⁷ por lo que sin tapujos preguntó a su pretendiente si quería ser su marido. Un hombre práctico, sano, deportista que amó profundamente a esta mujer *“extranjera en esta tierra, una presencia etérea e inalcanzable. [Con la que] debió conformarse con vivir bajo el mismo techo, pero en diferente dimensión, sin poseerla jamás; (...) [sino tan] sólo cuando la sostuvo en sus brazos a la hora de su muerte, [donde recién] tuvo la sensación de que ella realmente existía”*⁸

Luego Francisca, hija de Memé. Una bella mujer *“que no había sido preparada para la maternidad, (...) porque el alma de su madre flotaba, más interesada en la translúcida naturaleza de los aparecidos”*⁹ y no tuvo la ocurrencia de advertirla *“sobre los indecentes afanes de las abejas y las flores”*¹⁰ Siendo ella una flor tremendamente fértil que dentro de un tormentoso matrimonio de cuatro años y dos largas separaciones, igualmente por su condición le dio tiempo para dar a luz tres hijos de un hombre que luego desaparecería de por vida, sin dar señales.

*“Apenas presintió su primer embarazo supo que sería una niña, a la que llamó Isabel, con quien estableció un diálogo permanente que no ha cesado hasta hoy”*¹¹ Diálogo que compensaba su soledad de *“mujer mal casada”*. Hasta que llegó el tío Ramón, quien en un arrebató de amor no dudó en juntarse *“con mi madre en esa cita clandestina al norte de Chile, que consagró sus amores”*¹²

⁷ Ibid., 12.

⁸ Ibid., 36.

⁹ Ibid., 20.

¹⁰ Ibid., 19.

¹¹ Ibid., 20.

¹² Ibid., 97.

“*Es una chiquilla preciosa*” fue la primera sentencia que Isabel, hija de Francisca y nieta de la Memé, recibió en la cuna. Con una mancha, “*un sol en la base de la espalda*”¹³ que hacía no temer por su futuro.

Un futuro donde los hijos condicionaron su existencia. “*Nunca se me ocurrió que la maternidad fuera optativa, la consideraba inevitable como las estaciones. Supe de mis embarazos antes que fueran confirmados por la ciencia*”¹⁴ Paula era hija de Isabel con un chileno descendientes de ingleses; Michael. Un hombre con el que vivió un matrimonio de riguroso sentido de justicia aprendido en colegios ingleses. Isabel “*aguardaba a Michael con impaciencia, pero cuando finalmente lo tenía al alcance de la mano sentía una inexplicable desilusión*”¹⁵ Impaciencia que luego se prendería en los brazos de Willie con quien “*hasta aquella noche en su casa no se había abierto para dar y recibir sin reservas; [porque] una parte de mí siempre vigilaba aún en los encuentros más íntimos y especiales, aquellos que inspiraron las escenas eróticas de mis novelas*”¹⁶

Paula, bisnieta de la Memé, nieta de Francisca e hija de Isabel corrió suerte semejante en el amor. Una “*familia donde a las mujeres éste les llegaba como un vendaval*”¹⁷ En cuarenta y ocho horas confesaba eufórica a su madre haber encontrado a un amor. “*¡Ya lo tengo, mamá! (...) No haré el doctorado, pero al menos terminaré la maestría*”¹⁸ Así al concluir sus estudios esta mujer heredera de pasiones certeras partió a vivir con Ernesto, el “*hombre con quien me voy a casar!*”¹⁹

¹³ Ibid., 21.

¹⁴ Ibid., 126.

¹⁵ Ibid., 258.

¹⁶ Ibid., 320.

¹⁷ Ibid., 65-66.

¹⁸ Ibid., 66.

¹⁹ Ibid., 66.

El amor apasionado es el hilo que hasta ahora conduce la historia que Isabel escribe y quiere entregar a su hija. Una historia en la cual la autora se pierde y se recupera en una voz.

Sin embargo, poco a poco su propio yo varía, ya que Isabel de la pasión placentera va pasando una y otra vez a dolores profundos. La pasión gana en dimensiones. La confesión de amor se acompaña de la experiencia de duelo. En el momento en que Isabel constata que haber amado profundamente a Paula no equivale a decir que ella no morirá²⁰, que el último *“Te quiero, Paula [y el] Yo también mamá”*²¹ se establece como una situación de desgarramiento; es ahí donde se abre espacio para entender la muerte como parte de la vida, como afirmación de que *“Paula ya está en Dios”*. Isabel oye de labios de su madre que es Él quien une, *“aquello que mantiene el tejido de la vida, lo mismo [que tú, Isabel] llamas amor”*²². Así se hace posible que un 8 de Enero de 1992 Isabel escriba a Paula ya no para despertarla, sino que *“para traerle de vuelta a la vida”*²³. Pareciera que a través de la escritura implícitamente se está asumiendo la finitud de la vida que trae a la vida. *“Escribí los nombres de todos nosotros en un papel.[...] Se descorrieron los velos,[...] la vida y la muerte se unieron”*²⁴.

El cuaderno de páginas amarillas se constituye en el lugar donde es posible narrar una historia que cruza *“un misterioso umbral [que entra] a la zona más oscura”*²⁵ de la vida donde *“el sopor final”* de Paula finalmente es el que *“nos alumbraba”*²⁶. Vida y muerte

²⁰ *“Amar a un ser es decirle: tú no morirás”* MARCEL G., *La mort de demain*, Paris 1931, 161.

²¹ *Ibid.*, 27.

²² *Ibid.*, 308.

²³ *Ibid.*, 17.

²⁴ *Ibid.*, 347.350

²⁵ *Ibid.*, 28.

²⁶ *Ibid.*, 350.

se entrelazaban y hermanaban entre sí²⁷, para finalmente transformar la vida en “*una noche prodigiosa en que se descorrieron los velos que [ocultaban] la realidad*”²⁸. “*No había separación entre nosotros, la vida y la muerte se unieron*”²⁹ Surgía un amor inaudito³⁰ que hace a Isabel entender que “*en última instancia lo único que tengo [de Paula] es el amor que le doy*”³¹.

Algunas reflexiones abiertas.

Un diálogo inter- disciplinar.

Este seminario se nos ha planteado como un encuentro promisorio de una manera más interdisciplinar de hacer teología. Por ello nos parece coherente hacer un pequeño recorrido a lo expuesto para ver el modo como la literatura y la teología se han intercalado entre sí en esta pequeña reflexión.

Como se dijo en un comienzo, nos quisimos acercar gratuitamente a este texto sin forzarlo al encuentro con Dios. Sin embargo, nos podemos dar cuenta de que la teología ha estado intrincada en toda nuestra reflexión. Aun cuando la escritora es una mujer no creyente que no ha pretendido a Dios, que incluso ante la inminente muerte de su hija ruega “*a una diosa pagana y sonriente que derrama bienes, (...) que no sabe de*

²⁷ No existen dos teologías; una de la vida y otra de la muerte. Al entrelazarse vida y muerte en Dios, han de ser pensadas conjuntamente. Cf. *Presentación* al n. 998 en Homenaje a J.L Ruiz de la Peña de la revista *Sal Terrae* 85 (1997) 90.

²⁸ *Ibid.*, 347.

²⁹ *Ibid.*, 350.

³⁰ Esto es también lo que ocurre con Dios al morir de amor por el hombre en la muerte de su Hijo Jesús. Dios se da de manera inaudita. Cf NOEMI J., *El mundo creación y promesa de Dios*, Santiago 1996, 403.

³¹ *Ibid.*, 349.

*castigos, sino de perdones*³²; aun así la lectora creyente en este escrito lo ha visto.

Porque lo leído y captado ha ocurrido en la experiencia de la fe.

Eso nos hace pensar sobre la presencia de Dios en la literatura. En *Paula* se percibe un encuentro con Dios en la narración humana de su muerte. Isabel, sin pretenderlo nos lleva a ese encuentro. ¿Hay presencia de Dios en la literatura?

Nuestra experiencia literaria dice que sí, y eso nos amplió los horizontes de expectativas para poder captar a Dios en esta lectura. Lo hicimos porque de otro modo podríamos habernos perdido de su presencia. Para ello nos empapamos de la fe en un solo Dios Creador que nos hace reconocer que en todo lo creado hay algo de Él.

Esto nos llamó a entender que la presencia de Dios no sólo se daría en la Sagrada Escritura. No es monopolio sólo de Ella, ya que el Rostro divino no depende de la sola confrontación con ésta. Más bien la Sagrada Escritura sería el espejo para encontrar el rostro de Dios en la literatura, en *Paula*. Así hemos podido ver al Dios encarnado en la palabra escrita y abrimos a la verdadera densidad del dolor humano que se encarnó en Isabel al contemplar el rostro de Paula dormido. Así el rostro de Isabel sufriendo reflejaba el Rostro de Dios en el Cristo padecido. Entonces, pareciera que la salvación humana no sólo se atisba por quien está atravesado por la Sagrada Escritura, sino también por quien lo está de *Paula*.

Pensamos que ha sido eso lo que se ha explicitado en esta reflexión que no sólo ha mostrado la literatura como preámbulo de la fe, sino que también la ha descubierto como lugar teológico.

M.Paz Díaz L.

Licenciada en Teología PUC.

³² Ibid, 83.